

«Llena de Dios y tan nuestra»

Antología mariana

Pedro Casaldáliga

Prólogo de Teófilo Cabestrero

Epílogo de Macario Díez Presa

Porque MARIA es alguien en la vida creyente del obispo Casaldáliga

«Agradezco esta nueva ocasión de cantarle a la Señora», escribió Pedro Casaldáliga al director de Publicaciones Claretianas, respondiendo a la solicitud de esta antología de sus poemas marianos. Y en esa carta, escrita desde las tierras preamazónicas del pueblo brasileño donde Casaldáliga es obispo desde hace casi veinte años, anotaba Pedro esta ironía del *destino*: «¡Fijaos que algún obispo ha llegado a decir que yo no creo en la Virgen...!».

Decir eso de Pedro Casaldáliga es confesar que no se tiene idea de él, ni de su vida, ni de sus poemas. Porque él arrastra fama de «mariano», y hasta de ser un «chiflado por la Virgen», desde que era seminarista.

Hay dos caminos para llegar a ver quién es María en la vida, en la misión y en la poesía de Pedro Casaldáliga. Un camino arranca de Balsareny (Barcelona), donde nació Pedro en 1928, y va siguiendo el curso de su vida hasta nuestros días ; desde ahí se desvela cuanto él dice en sus poemas marianos. Y está el camino inverso, el que parte de la lectura de estos poemas, y hace ver a María en la acción pastoral de Casaldáliga y en su vida creyente.

Esa doble vía -de la fe y la vida de Pedro a sus poemas, y de sus poemas a su vida y a su fe- permanece abierta porque la poesía de Casaldáliga es vivencial y testificante.

José María Valverde, poeta y profesor de ética y estética en la Universidad de Barcelona, califica autorizadamente la poesía de Casaldáliga como «expresión transparente de una vida por entero entregada a lo que dice». Poesía testimonial , cien por cien. «Sin que por ello haya en esa poesía -añade Valverde- ninguna ingenuidad literaria; hay, por el contrario, un 'oficio' bien dominado por este poeta». Lo más importante para José María Valverde en los poemas de Casaldáliga es «la rarísima calidad que puede dar a una expresión poética la entrega absoluta de la fe y al amor divino, que es

también amor al prójimo incluso en su sufrimiento colectivo y en su rebeldía contra la tradicional opresión social y económica».

Se comprenden desde ahí las calidades de estos poemas marianos de Pedro Casaldáliga; y se sabe que en ellos está el hilo de su vida mariana y de la presencia de María en su misión.

Fe, misión y poesía se entrelazan vitalmente en Casaldáliga desde muy temprano, y en esas tres fibras de su ser están las manos de María. De niño, Pedro dijo en casa (la lechería, ¿la ternura?), que quería ser sacerdote, y lo dijo entre miradas a la ermita de la «Mare de Déu del Castell», sobre el Llobregat. Dijo también a sus padres que él sería poeta. Luego le atrajo ser misionero, y María lo alumbró para la misión desde el carisma claretiano. Siempre andará María en su fe, en su vida y en su misión. Una María, Virgen y Madre, la misma siempre pero cambiante con la geografía de las vivencias de Pedro, y de sus lecturas y su oración, al ritmo de la conciencia de la Iglesia y de los sufrimientos y las esperanzas de los pueblos a quienes Pedro sirve.

Ese proceso mariológico se transparenta en sus escritos, siempre testimoniales, sea en la prosa o en los poemas. Así, en el primer poemario de Casaldáliga, *Palabra ungida* (1952), que selló la ordenación sacerdotal de Pedro cuando contaba 24 años, María es la Virgen del Adviento, de Navidad, de la Epifanía, de la huida a Egipto, «La Candelaria», la Virgen del Cenáculo y de Pentecostés; también es la Madre de los nuevos sacerdotes; y todas ellas son su Corazón, su Corazón de Madre.

Hay que notar que el poeta García Nieto saludó en un prólogo la llegada de Pedro Casaldáliga con su poesía religiosa -«verdadera poesía»-, y tomó unos versos marianos para decir que «el autor consigue aciertos de una sorprendente novedad, como en esta canción que parece arrancada de la mejor vena tradicional y que se adensa primero, y se aligera después, y se quiebra y se suspende, por último, con una gran eficacia técnica y personalísima»:

Quando El llegó ¿qué hora daba, Madre, tu Corazón?
(Mientras no llegaba
daba la hora de la esperanza.)
Pero cuando llegó
¿qué hora daba... ?
«Puede bastar esta muestra para recordar a un poeta por mucho
tiempo», concluía José García Nieto.

Entre 1960 y 1962, Pedro Casaldáliga escribió sobre María un libro en prosa poética -«mitad poesía, mitad oración y siempre Gracia», decía al presentarlo- que tituló *Nuestra Señora del siglo XX*. En esas páginas, además de ser Ella a Nuestra Señora del Rosario, del Domund, del 8 de diciembre, de Navidad y de los Reyes Magos, y además de ser Santa María de

Czestochowa y Nuestra Señora de Fátima, María es Nuestra Señora de la bicicleta y del volante, Santa María de la «Expo», Nuestra Señora de los golfos, Santa María de las modistillas, Nuestra Señora de los turistas, Santa María de la moda, de la cadenilla, del Festival de Venecia; y Nuestra Señora de los no nacidos, de los sin albergue, de los emigrantes, de los negros; y de la vida interior, de la comprensión, de la expectación, del miedo, de todos los dolores y de los alegrones...

En el poemario *Llena de Dios y de los hombres* (1965), María es Niña del sí, Mujer de cada día, Negra, Campesína, Comadre de suburbio, Señora de la ciudad, Madre de los ausentes, Soledad, Vencedora de la muerte, Alegría y Madre de l mundo nuevo.

Y a partir ya de 1967, hasta nuestros días, en los sucesivos poemas del obispo Casaldáliga, desde los sufridos pueblos de América Latina, María es Señora de Guadalupe, Santa María de nuestra liberación y Santa María sin más títulos; sin dejar de ser también -y allá acaso sobre todo- Señora de la Esperanza y Causa de nuestra Alegría...

Sugiere Pedro esos procesos de su mariología en dos páginas de *El Credo que ha dado sentido a mi vida* (1975), cuando «confiesa» su relación personal con María desde que era seminarista. Son esas dos páginas la mejor introducción a esta antología de sus poemas marianos:

«Entre los amigos tengo fama de "mariano"»

Y realmente he contado mucho con la Virgen en mi vida. Y he hablado y he escrito mucho de Ella. He rezado mucho a la Virgen. He meditado bastante en Ella. La he sentido muy presente. La amo. Confío en Ella.

Creo en María, Pobre de Yabvé, inmaculada llena de Gracia, siempre Virgen, Madre del Hijo de Dios, Jesucristo, maternalmente asociada a la Vida y a la Muerte de su Hijo, singularmente glorificada en su Asunción, figura y madre de la Iglesia..

Desde la ermita del castillo de mi pueblo -laderas de "romaní i farigola-, todas las ermitas y santuarios marianos de mis años de formación o de ministerio, han merecido mis fervores de peregrino y hasta mis lágrimas. Por citar algunos nombres, citaré la Mare de Déu del Castellvell de Solsona, la Mare de Déu de la Salut de Sabadell, la Virgen del Pueyo de Barbastro.

Son títulos patronales de lugares de la Prelatura, escogidos por mí intencionadamente, la Asunción, Nuestra Señora de los posseiros, Nuestra Señora Aparecida, la Virgen de la Liberación...

Cometí incluso locuras, de seminarista o de fraile, por visitar los santuarios de la Señora. Como las he cometido por escribir programas de radio, artículos, poemas y libros mananos, jugándome noches y descansos. Como las cometí en las grandes campañas de las peregrinaciones de Fátima, o del año Mariano, o con ocasión de la definición dogmática de la Asunción, o en varias de las circunstancias significativas -Congresos, Conmemoraciones, Peregrinaciones, Consagraciones- de esta Era de María que en buena parte, y en hora buena, me ha tocado vivir.

Me apasione por la Mariología. Estudié los gruesos volúmenes de los Estudios Marianos, de la Sociedad Mariológica' Española y otros tratados. Y creo que conseguí una doctrina mariana sólida y duradera en sus líneas básicas: María y Cristo, María y la Biblia, María y la Gracia, María y la iglesia.

Debo citar un pequeño libro de oro, mojón en mi itinerario mariano: el opúsculo de Hugo Rahner María y la Iglesia.

Con los años, y la nueva Teología en la Iglesia nueva, después del Vaticano II; con la experiencia cristiana de la lucha social; con la pobreza de ambiente y de espíritu que le han cincelado a uno en este Mato Grosso, también mi fe en María se ha ido desnudando, más libre y verdadera. Y Ella ha venido a ser cada vez más, en mi pensamiento y en mi corazón, la cantadora del magnífico, profetisa de los pobres libertados; la mujer de pueblo, madre marginada en Belén, en Egipto, en Nazaret y entre los grandes de Jerusalén; la que creyó, y por eso es bienaventurada; la que rumiaba, en el silencio de la fe, sin visiones, sin muchas respuestas previas, las cosas, los hechos y las palabras de Jesús, su Hijo; la madre del Perseguido por los poderes; la dolorosa madre del Crucificado; la testigo más consciente de la Pascua; la más auténtica cristiana de Pentecostés; una gran señal escatológica en medio del Pueblo de la Esperanza...»

Porque María es alguien ligada estrechísimamente al Dios de la Vida -por el Espíritu del Padre y del Hijo-, por eso es María la madre de los crucificados en la tierra. Y, precisamente por eso, María es quien es en la vida creyente del obispo Casaldáliga: Alguien que actúa en su acción pastoral, en su oración profética y en su expresión de poeta, a impulsos del Espíritu de ese Dios de la Vida; quien, desde Jesús, el Cristo crucificado y resucitado, privilegia para su Reino de vida a los desheredados y crucificados por el injusto orden internacional vigente en este mundo, que lo destroza dividiéndolo en dos, tres y cuatro mundos.

Pedro Casaldáliga quedará en la historia de la Iglesia universal y en la memoria pascual de América Latina por varias razones; una de ellas será María. Esto lo comprende quienquiera que lea esta antología de sus poemas marianos.

Teófilo Cabestrero cmf
Madrid-Panamá, 8 de diciembre de 1990
Fiesta de María Inmaculada

CANCION RECIENTE SOBRE MARIA DE NAZARET

Tengo tres amores, tres: el Evangelio,
la Patria Grande
y el Corazón intacto de una mujer:
la llena de Dios,
tan nuestra,
María de Nazaret.

Toquen o no las campanas
-que el computador es ley-,
todavía sigue hablando
el arcángel Gabriel,
Y le responde María
con un colectivo amén.
Y el Verbo se hace carne
en el vientre de su fe.

Pasan, iguales, las horas
sobre el serrín de José.
La Biblia y los periódicos,
juntos, se han puesto a leer.
Y crece el Niño y el Reino
y crece el Pueblo también.
Pasan romanos y gringos
y en ese imperial vaivén
se llevan sueños y vidas,
al Calvario, del Quiché

Pero María y las madres
rumian la paz de Belén,
el polvo de Galilea,
el sol de Genesaret,
el gusto del pan partido
y el ausente amanecer
de la mañana de Pascua
que siempre está por volver.

NIÑA DEL SI

Todo estaba pendiente de tu boca.
Igual que si los hombres, de golpe, se sintieran
con la vida en las manos, detenida,
como un reloj callado y a la espera.

Como si Dios tuviera que esperar un permiso...

Tu palabra sería la segunda palabra
y ella recrearía el mundo estropeado
como un juguete muerto que volviera a latir súbitamente.

Tú pondrías en marcha, otra vez, la ternura.

Orilla virginal de la palabra, niña del sí preñada con el Verbo,
sin la más leve sombra de no, toda en el Día.
Dios encontraba en ti, desde el primer albor de tus latidos,
la respuesta cabal a su pregunta
sobre la Nada en flor...
Tú lo hacías dichoso desde el Tiempo.
Tu corazón se abría como una playa humilde, sin diques fabricados,
y en la arena sumisa de tu carne el mar de Dios entraba enteramente.

Niña del sí, perfecto en la alabanza como una palma de Cadés invicta;
jugoso en la alegría rebrotada, como la vid primera;
pequeño como el viento de un párpado caído, y poderoso como el clamor del Génesis.

Niña del sí desnudo, como un tallo de lirio bajo el filo implacable de la Gloria...
Cuanto más cerca de la Luz vivías,
más en la noche de la Fe topabas, a oscuras, con la Luz,
y más hondas raíces te arrancaba tu sí, ¡niña del sí más lleno!
Tú diste más que nadie, cuando más recibías,
infinita de seno y de esperanza.
¡Tú creíste por todos los que creen y aceptaste por todos...!
Creías con los ojos y con las manos mismas, y hasta a golpes de aliento
tropezaba tu fe con la Presencia en carne cotidiana.
Tú aceptabas a Dios en su miseria, conocida al detalle, día a día:
en las especies torpes del vagido
y en las especies del sudor cansado
y en el peso vencido de la muerte...

¡Rehén de la victoria de la Gracia, fianza de la tierra contra el Cielo,
gavilla de cordera, presentada y encinta!
Porque has dicho que sí,
Dios empieza otra vez, con tu permiso, niña del sí, María.
Las alas de Gabriel abren el arco por donde pasa entera la Gloria de Yahvé.
El arca de tu seno, de madera de cedros incorrupta, viene con el Ungido.
La Primavera acecha detrás de Nazaret, regada por el llanto,
y sobre las banderas blancas de los almendros
el trino de tu voz rompe en el júbilo, humildemente solo

MUJER DE CADA DIA

Mientras crece la noche, cada día
prende el Amor su llama
en tu candil de aceite desvelado,

siempre igual y creciente.
El pan de tus molindas se cuece, cada día,
bajo el fuego tranquilo de tus ojos,
mientras crece también la madrugada.
La fuente de la plaza te entrega, cada día, su limosna
mientras le crece el corazón al mundo.

Como el ave del Tiempo vas y vienes,
de la casa a la calle, del Misterio al misterio,
muchas veces al día,
y llevas con tus pasos el compás de las horas...
Tú sabes qué es vivir a pulso lento,
sin novedad para la prensa humana.
Apenas sin distancia: la de un grito.
En esta pobre aldea que vigilan
las higueras comadres
y el centinela de un ciprés oscuro.
-¿De Nazaret va a salir algo bueno?
José viene cansado, cada noche.
Y el Niño trae el hambre entre los dedos
por undécima vez.
-¿Qué quieres, hijo?
(Las almendras se miran, asustadas de gozo,
y el plato ríe miel por todas partes).

Tú ya has dejado el huso sobre el banco dormido
y la lana suspira blancamente.
Esta mañ-.na has ido por retama,
y te sangran las manos, en silencio,
y te huelen las manos a lejía de yerbas.
Has ordeñado luego las dos cabras sumisas,
y sabes toda a leche.
Ayer vino el siroco, y te abrasó las flores.
Hoy irrumpe el simún
como una tropa de soldados romanos,
y hay que cerrarlo todo y, con la prisa, a oscuras,
se te pierde una dracma, rescatada
del tributo de Herodes.

Si las vecinas rompen tu retiro, como gallinas locas,
tú sonríes.
Un día nace un niño, y tú lo acunas.
Y un día muere un hombre, y tú lo velas.
En la olla inservible crece un lirio morado,
y tú riegas su lenta profecía.

Nazaret se despuebla, cuando llega la Pascua,
y tú marchas con todos,
peregrina del Templo,
con Yahvé de la mano,
con un salmo en la boca.
La ruta de Israel converge en tus sandalias.
Y los caminos múltiples del mundo
arrancan de tus pies caravaneros.

Tu corazón no para, día y noche.
Día y noche recogen sus limpios cangilones

el agua de la Vida.
Y el Verbo se hace Hombre, día y noche,
delante de tus ojos,
al filo de tus manos,
detrás de tu silencio...

SOLEIDAD

Unica siempre, desde que subiste, como un canto
de alondra no cazada,
a las manos de Dios, para sus juegos,
tú rompiste en la Gracia como un lirio entre espinas,
isla de soledad en tu inocencia cercada por las aguas del
Pecado...

Sola de toda humana compañía
capaz de acompañarte totalmente,
con la vida apostada en la aventura del Reino,
con las fieras del Odio y del Amor acechándote, impunemente
sola,
¡con la carga de Dios sobre la espalda de tus catorce años
sorprendidos!

Sola contra la noche del Misterio,
por las arenas de la Fe abrasadas,
sin otra luz que tu mirada pura y sometida,
descalzo el pie y el corazón abierto, como un río
desangrándose entero ...

Madre en la soledad, Virgen con Hijo:
sólo tú has vencido, a todo riesgo,
la extraña soledad de dar a luz sin padre,
sin poder compartir con otra orilla
la mirada y el aire del Hijo, confluentes,
Madre sin Hijo, al fin,
tú, sólo, has consentido invictamente el despojo total de tus
entrañas,
saqueadas por Dios y por los hombres...
¡Tú, solamente, has sido rechazada por el amor de un Hijo!
Madre sin Hijo y con el Hijo enfrente
¡con el Hijo a merced de todo el mundo!

¡Mujer de la más honda soledad,
viuda y sin Hijo y aun en flor perenne, como un árbol
despojados en abril, apenas núbil!

Madre en la soledad,
Madre en la muerte, para darnos vida
con la vida del Hijo subastada.
Madre en la noche del mayor silencio,
a tientas el andar del corazón
y la palabra humilde sin respuesta,
como una flauta en el desierto frío.

¡Sin respuesta de Dios ni de los hombres
sola en tu Soledad!

Más sola que el Dolor, dormido en tu regazo para siempre.
Más sola que la Muerte, renacida en tu gozo,
como una golondrina libertada.
Sola de todo Mal, con el Pecado muerto al pie de tu sonrisa.

Camino del sepulcro, con el llanto caído como un velo
piadoso,
detrás de la derrota de tu Carne,
la soledad del mundo caminaba a tu paso, redimida.
De vuelta del sepulcro, mientras tu Soledad iba bordando
los ocultos senderos de la Pascua,
la Paz se recostaba sobre tus manos puras
y la Esperanza amanecía a tiempo, al filo de tus hombros,
¡alborada!

¡Te llamaremos todos, muchas veces, desde esta nuestra
soledad tan sola,
María Soledad!
Soledad tan cercana y sin estorbos,
tan sonora de aroma y de ternura,
que hasta los niños ciegos han de poder hallarte.
María Soledad,
toda llena de Dios y de los Hombres,
Oh Soledad, oh compañía nuestra!

NEGRA

«Ma somo wa, María, one ndzean ya grasía...»
Con el tam-tam creciente de mi pasión bantú
yo te saludo, Negra, divinamente hermosa.
Con todas las palmeras yo te aplaudo, «Morena por el sol de
la alegría».
¡Yo te grito con todos los cachorros que amamanta la selva!

Déjame descargar en tus espaldas
este niño africano, de tres meses de fuego,
que ha crecido conmigo, poderoso
como un clamor de mar, como un desierto, como la noche viva
...

Traigo el dolor del Africa naciente sobre mis pobres manos.
Ven y verás el llanto de las cribas
y oirás el silencio rugiente de los tigres.
Las playas profanadas sollozan de vergüenza, contra el cielo.
¡Toda el Africa sangra de heridas ululantes!
Con los libros debajo de los brazos,
vaga por las estrellas, sobre el bikoro insomne,
la sombra virginal de Meredith.
Las niñas, recién hechas, acunan, como un saco doliente de
cacao,
producto de un mercado sin reclamo posible,
los hijos tatuados de rasgos extranjeros.
Un viento advenedizo dispersa las hogueras sagradas de las
tribus,
y, mientras en las fincas paternas, desoladas,
la hierba multiplica sus machetes impunes,

los hombres balbucientes engrosan, en manada, como cebús
centrados en su furia,
las fábricas salvajes y los muelles febriles y los bares
borrachos...

¡En las nobles muñecas aún palpitan las boas enroscadas!

Pero los muertos velan, boca arriba.
Cada dólar, ganado en la codicia, es un ojo de nsué sobre el
camino.

¡Todos los ríos bajan cargados de memoria!

Han llegado mil dioses importados, en una sola hora.
¿Tú vas a llegar tarde con Cristo, Madre negra?
¡Ven y verás, tú misma, cómo se agrietan, rotas
de sed estas gargantas, pobladas de canciones!
Hay trescientos millones de negros que te esperan, con sus
banderas niñas,
en esta patria, verde de Esperanza.
Rebaños de elefantes se acercan a tus pies, con sus antorchas
de marfil en alto,
y el ébano levanta sus columnas para acoger tu carne
transparente.
Todos los ojos, turbios de nostalgia, se vuelven a tus ojos.

Belén ha abierto ya, de par en par, su corazón de nipa
y un carrillón de dátiles va tocando la hora de dar a luz la
Luz.

Mientras las gruesas nubes cruzan el sol, incólume,
los ibis se han posado blandamente
y un ángel de la Paz sobre las grandes aguas.
Maigangu, ¿por qué lloras?
el niño que ha nacido es blanco y negro:
¿quién va a ponerse a odiar?
...Los soldados romanos sepultarán sus armas debajo de las
piñas olorosas
¡y hasta los mercaderes caerán de rodillas, con todos los
diamantes en las manos!

Ma somo wa, María...
La noche tropical vuelca sus arcas
en tu mirada fiel, sobre la aurora.
Mecida en tu regazo, donde se acuesta Dios con nuestro sueño,
toda el Africa late con un ritmo de cuna...

CAMPESINA

Llamados a las filas de una nueva milicia,
marchan los hijos mozos con un macuto prematuro de ira,
y queda el campo fiel abandonado...

El pedazo de tierra que teníais, detrás de aquel otero
por donde entraba el sol,
lo trabajaban juntas tus manos y Sus Manos.
Salía el Sembrador una mañana, y abría el mundo el corazón
estéril.
De pronto sorprendían Sus Ojos creadores

un filo de cizaña advenediza.
El grano de mostaza se hacía ya posada para todas las aves
viajeras,
y crecía en el trigo la forma presentida de Su Carne...

Volvían los pastores, con la noche a la espalda
-¿con la muerte a la espalda volverían?-,
y balaba el aprisco recobrado y concorde.
Él volvía también, y te llamaba
como quien grita alerta, cada tarde,
a la hora precisa de las hostias.

Pero un día se fue, ya para siempre.
Junto al taller, cerrado por ausencia,
el mástil de un madero naufragaba en la sangre del ocaso,
y el campo y tú quedabais a la espera.

Se van los hijos mozos...
La tierra ya no da para la vida. No da para los ojos y el
deseo.
Detrás del oleaje varado de los surcos
la múltiple sirena de la ciudad invita a la aventura.
Los brazos se han cansado de echar semilla al viento
irresponsable,
¡y están muy lejos del dolor del campo
el Sanedrín blindado de leyes y el Pretorio!

Llegarán los tractores, ¿pero a tiempo?,
¿desplazarán los brazos?, ¿se llevarán las almas?

Sobre la tierra, núbil a pesar de los hombres desalmados,
tarde o temprano llueve.
Dios sigue amaneciendo cada día.
Aún tiene el horizonte camino para el alba y el regreso.
Y en el soto erizado de chopos de esperanza
permanece de guardia la alondra de tu ermita.

COMADRE DE SUBURBIO

La cueva no tenía más higiene que el viento de la noche.
Dios tuvo un vecindario de pobres amahares.
-Vallecas o Belén, Belén o Harlem, Belén o las favelas-.
Tú tenías apenas las dos manos para alternar con ellas el
pesebre.
Las ricas caravanas llegaban siempre a punto.
Vosotros llegaríais con las puertas cerradas.
No hubo piso en Belén; ni hubo piso en Egipto;
y no hay piso en Madrid, para vosotros.

José estará de paro forzoso muchos días.
Después tendrá, por fin, unas chapuzas de esperanza en
madera.
Quizás abrirá zanjás, sin subsidios.

Hebreos sospechosos en un barrio de Egipto acorralado,
viviréis al contado de la suerte, como viven las aves.

El Nilo gastará, día tras día, la piel y la hermosura de tus
manos anónimas,
sangre del rey David venida a menos.
Y el Niño crecerá sin más escuelas que la lección del sol y
tu palabra.

Vecina del pecado y la vergüenza,
con el Verbo hecho carne que habita entre nosotros
tú has instalado a Dios en el suburbio humano.
Carmen, Dolores, Soledad, María:
todos los nombres llevan la concha de bautismo de tu nombre.
Vives realquilada por la pena y el miedo
en un cuadro de tela reluciente
o en un yeso pintado
o en la fe vergonzante de una estampa escondida en la
cartera;
y tu sola presencia rutinaria
traspasa las miserias del suburbio del mundo
con un hilo irrompible de alegría,
¡comadre de suburbio,
ensanche de la Gracia,
puerta y solar de la Ciudad Celeste!

SEÑORA DE LA CIUDAD

¡También te perderías, aldeana, por las calles o el metro...!
Todos flotamos en las turbias aguas de la ciudad, perdidos,
sonámbulos del Tiempo,
llevados y traídos como troncos sin memoria del bosque
originario,
frebricitantes de pasión, de sueños, de soledad, de prisa.

No cabemos los hombres y los coches.
Los ladrillos se comen el espacio del cielo, descartado del
mapa.
Mil gritos fluorescentes suplantán las llamadas del retorno.
¡Falta el aire de Dios para el aliento!
¿Dónde puede posarse la alegría de aquel recodo humano,
plantado de promesas,
cuando tenía nombre cada brizna?
¿Quién aparca en su sitio la Esperanza?
Vaga el dolor proscrito, como un perro.
Los cubos de basura demandan vanamente los talones del lujo
retumbantes.
Los vecinos no tienen más historia que el número de un piso.
Un hombre es un codazo.

Jerusalén tenía sus resacas, y se perdía un niño fácilmente.
Pero bramabas tú, como una cierva,
y el servicio de urgencia de tu llanto
suplía de antemano la fiebre derramada de todos los perdidos
por la vida.

Vuelve a subir de Nazaret, Señora.
¡Te reclamamos todos, sin saberlo siquiera muchas veces!
¡Creemos en la Piedra tallada en la cantera de tu seno,

oh torre de David amurallada de escudos y palomas,
ciudad de Dios alzado sobre el monte
Sión, donde termina la lenta caravana convocada a la Pascua
verdadera... !

Perdidos o exilados, rebeldes al hogar o en su nostalgia,
todavía avanzamos, en la noche, con el sello de Dios en
nuestras frentes,
camino de la tierra presentida...
Y en esta misma patria de márgenes flotantes,
sin casa permanente,
queremos levantar con nuestras manos,
¡con el cemento vivo de nuestra propia sangre!,
una nueva ciudad, a cielo abierto,
con muchas zonas verdes de gozo redimido,
donde quepamos todos, sin reservas de tribu en la mirada...
¡...mientras vamos, cantando, hacia la gloria de la Ciudad
futura
que ilumina la antorcha del Cordero!

MADRE DE LOS AUSENTES

Entra en casa y verás el frío que hace, con el cristal de la
Alegría roto
y el Pecado azotando como un viento...
Se cruzan los hermanos sin mirarse,
ausentes de alma a alma.
Funcionan la cocina, la tele y la nevera, y la electricidad
suple al Amor;
y cantan las monedas como urracas, cazadas bobamente, por
todos los rincones.
¡Pero toda la casa está llena de ausencia!
(El Pan de cada día se calcina en los hornos electrónicos.)

El mundo está vacío como un cántaro, abultado de sed.

Desgajada, la piel, del sol que los ciñó con sus pañales,
emigrantes del agua cercada de la esposa,
desguarnecidos de los tórreones de los hijos, flotantes
como lonas de camping;
deportados en masa, como unos campamentos de llanto y de
vergüenza:
emigrantes, ausentes, perdidos, locamente perdidos por la
estepa asolada y sin retorno.
Lejanos a dos palmos de distancia;
partidos por el hacha de los celos,
en el patio de casa. ¡Inmensamente
ausentes de los hombres
los hombres...!

Entra y verás qué frío.
(Tú no emigraste nunca así de ausente.
La Patria te envolvía caminante, como una brisa dócil,
con un tacto de anémonas.
Y en la orilla del Nilo, la orilla de José te conducía al
paso de paloma,

y el torreón del Hijo te crecía en los brazos.
¡Las espadas de Herodes no cabían entre Cristo y tus ojos!
¡La Presencia llenaba, en Carne viva, las noches de tu
ausencia!).

Hasta la mesa del Altar separa a los hermanos.
Nos bebemos de espaldas el vino de la Fe, y el Pan antiguo
se nos desmiga, seco, entre los dientes.
La Túnica inconsútil que bordaron la aguja de tus manos y el
oro del Espíritu
viste al Hijo del Hombre, desgarrada, de una nueva miseria,
en harapos de incógnito...

Inmensamente ausentes los hombres de los hombres:
¡inmensamente ausentes
de Dios...!
(El cántaro del mundo está vacío junto al pozo de Dios
abierto en vano).
Entra en casa y verás cuántos hijos le faltan a la mesa del
Padre. '
Se han partido la herencia con las uñas, y viven
como pueden, borrachos de tierra, igual que topos.
Viven porque les toca vivir, como la grama...
¡muertos!

Madre de los ausentes,
umbral de la ternura recobrada,
postigo del retorno vergonzante:
todos los hijos pródigos te llaman, sin saberlo,
con la boca vacía bajo los algarrobos desmayados
mientras muere la tarde sin respuesta,
en la ausencia de Dios ...

Refugio de los muertos pecadores, hogar de todo llanto:
tú que sabes la pena de haber perdido a Cristo
y buscarlo en las calles, día y noche,
y preguntar inútilmente a todos, desvivida en la busca de su
Cara...,
¡recoge en la gavilla de tus brazos a todos los dispersos,
abre la puerta a todos los pródigos que llaman, tiritantes
de neón y de frío,
y acógelos a todos, oh seno de la Vida!,
¡congréganos a todos bajo el techo del júbilo paterno,
con el pan del Amor entre las manos nuevas!

VENCEDORA DE LA MUERTE

Los cipreses también creen en ti...
Todos los muertos caen buscando tu mirada.
¿No te han citado todos, muchas veces, para esa hora oscura?
Todos los huesos crecen, reclamados, hacia el abril temprano
de tu carne gloriosa,
¡humana vencedora de la Muerte,
poyo de los que llegan agotados del día!

Si esperas tú a la entrada de la Muerte

-igual que en Nazaret anochecido, cuando volvía el Hijo del
trabajo-
morir ya no es hundirse de bruces en las sombras
o desplomarse, solo, en los filos de la supuesta Ira:
¡desde tus brazos hay un paso apenas hasta el cuello del
Padre!

Morir bajo tu nombre es encontrar, de pronto,
detrás de las cortinas, la Fiesta preparada...
(Por la plata mugrienta de tu nombre sobre la piedra fría de
un latido
parado en el segundo de llamarte,
yo sé que más de un prodigo se ha colado en la Fiesta).

Detrás de ti la vida se abre paso por entre los sepulcros,
como por los pasillos de casa acostumbrados,
con una luz a mano en cada esquina.

La Muerte se ha vestido de tu aroma después de haberte
hallado.
Tú dejabas, al irte detrás del Renacido,
-como una estrella viva para aclarar la tarde
sobre el opaco monte de este lado del Tiempo-
esa mirada blanda que buscan, cuando caen, los muertos
redimidos.
Y aunque moriste, como el sol, intacta, vestida de promesas,
cogida de las sienes por las manos de Dios, y con su boca
cortándote el aliento de la boca encendida,
¡tú sabes qué es morir al modo humano!
Habías muerto antes, muchas veces, a espada y a suspiros y en
silencio...
La muerte se hizo carne también en tus entrañas, con la carne
del Hijo,
y creció por tus años, como un árbol votivo, hasta quebrar
los muros, golpe a golpe.
Con la Sangre del Hijo derramaba tu alma, gota a gota, su
aceite en agonía.
¡Y en Su Muerte expiraste toda entera!

...Tú sabes qué es la Muerte, como nadie en el mundo lo ha
sabido.
Tú conoces las muertes, una a una, como las caras mismas de
tus hijos pequeños,
y las llamas, segura, por su nombre.
junto al Cuerpo de Cristo, recostado en tu seno por la
Muerte vencida,

aquella tarde, todas
las muertes de los hombres descansaron su grito en tu
regazo...
(Su Carne era la carne destrozada por todas las metrallas y
torturas
yexpuesta a la vergüenza de todas las picotas;
y Su rictus cerraba los espasmos de todas las asfixias y de
todos los vuelcos.
Su Muerte voluntaria varaba en las riberas desoladas de todos
los suicidios,

y las muertes anónimas dormían en sus párpados...).

Señora de la Muerte y de la Vida,
puerta grande del Cielo, a nuestra!
¡vida, dulzura y esperanz
Cuando nos llegue aquella hora oscura
de caer, con los muertos, en la fila implacable;
cuando busquemos, al caer, desnudos de todo, Su mirada...
¡vuelve a nosotros esos ojos tuyos,
como una luz templada y a la espera, igual que una caricia
sobre el rostro salvado para siempre,
como el beso de Dios, por fin logrado...

...¡«Y después del destierro, muéstranos a Jesús»!

ALEGRÍA

Contra tanta mentira de tristeza
yo he de rezarte a gritos, Alegría:
¡Dios te salve, María, llena eres de gozo!
¡el Señor es contigo, como un río de leche que se sale de
Madre...!

Una mujer de hoy, desamparada, les ha dicho a los hombres:
«buenos días, tristeza».
Y ellos se lo han creído.
Hace ya mucho tiempo que se han puesto a ser tristes...
La fiebre de la angustia les ha cercado el alma con sus
tropas.
La palabra y la luz y la armonía se han quemado en la
angustia
como un bosque en la guerra.
La angustia ha carcomido la carne y la mirada de los
muchachos rotos,
(Beber, bailar, tocarse,
y quedarse vacíos, como un corro de copas,
con las últimas babas, en la mesa del bar abandonado...).
Los hombres están tristes, se empeñan en ser tristes.
Se empeñan en perderse, por las minas, a gatas, acosados del
miedo.
Se empeñan en morirse corroídos de hambre y de nostalgia
¡cuando estáis al alcance de la mano
tú como un Paraíso de manzanas primeras
y Dios como un jilguero consentido...!

¿«Buenos días tristeza», después que tú alumbraste la
Alegría?
(¡Campanas de Belén, recién nacidas, que no saben oídos,
detrás de los motores,
más allá del clamor de las antenas,
sobre los parlamentos y las plazas,
detrás de los anuncios, ¡dentro del corazón!).

Romeral y colmena: Dios te salve, María, llena eres de gozo.
En el umbral abierto de Ain-Karim, de cara al horizonte
amanecido,

tu corazón se ha roto de Alegría...
Sus crecidas de miel saltan de cumbre en cumbre,
con el sol en la risa, sobre el llanto del mundo,
y penetran el seno de la tierra, preñada,
¡y los niños futuros se incorporan, de un brinco!

Llena eres de gozo
y el Señor es contigo, como un río de leche que se sale de
Madre
para todos los hijos.

La Alegría, María, es tu nombre -¡María!-: tú la llevas,
María,
crecida sobre el pecho, como una flor silvestre huida a la
Botánica.
La humildad de tus manos la encontró junto al cauce de Dios,
inmarcesible,
Cada día la hallabas, olorosa de Gracia, dondequiera pacías
tus ojos recentales.

En la fuente del pueblo te cantaba con la voz de Gabriel
estremecida.
En el hombro sudado de José te aguardaba, en silencio,
como una encina buena con palomas posadas.
Y en la boca del Niño te hablaba con su boca verdadera.

Cada día era Sábado en tus días, porque eran la Esperanza.
Y un día fue Domingo.
(¡Se abrió el Sol en tus brazos, salido del sepulcro, y te
vistió de Gloria!).
Después ya fue Domingo para siempre...
Y tu gozo ha crecido como un río de leche que se sale de
Madre hasta llenar el mundo.

-¿«Buenos días, tristeza»?
-¡Dios te salve, María!

MADRE DEL MUNDO NUEVO

Estamos otra vez en el Principio.
Dios quiere hablar y el aire se acrisola.
Como un niño, en la sangre, nace el mundo;
y del caos emerge la Esperanza, con sus flores salvadas de la
muerte.
(Este ramo de olivo que crece en tus pisadas, paloma de Sus
Ojos,
tendrá toda la Tierra penitente para echar las raíces...).

Aún no mugía el mar, ni tendía sus lonas el cielo por los
montes,
y tú jugabas ya -la consentida- en la plaza infinita de Sus
Manos:
primera siempre al mimo de Su Gozo...
Si estamos otra vez en el Principio, tendrás que amanecer: el
Mundo Nuevo
necesita la puerta de tu seno para llegar incólume,

(Belén se apuesta siempre detrás de tus espaldas).

Mientras los hombres buscan sus tesoros piratas -¡los bajeles perdidos de sus rutas sin norte!-,
un día, inesperado, tú surges de las simas del Paranagua,
viva,
como un tesoro tierno a la memoria,
antigua de ternura y de favores, coronada de espuma de sorpresas,
con el Niño en los brazos, ofrecido...
La Tierra está en mantillas, dormida en tu regazo.

La Europa verdadera, como un cruzado loco que vuelve escarmentado
de tantas aventuras,
espera tu venida junto a Chartres y en la umbría sagrada de Einsiedeln.
Los almendros latinos aún tienen primavera para acoger tus plantas.
Todavía hay pastores y un buey manso en la cumbre.
¡Todo el cuerpo de Europa se ha hecho gruta, en la herida,
para enmascarar la luz de tu presencia!

América sacude sus pañales, con un grito rebelde, contra el mar transitado,
pero en su boca niña balbucea, cantando, tu nombre, Guadalupe,
y late la manigua como un puerto que siente tu llegada:
-¡Vendrá Santa María, libre de carabelas!
Como una diosa estéril y fecunda, empapada en la lluvia de la Espera,
como una cruz cansada de martirio,
Asia cruje, sangrando por sus lotos...
¡Pero el bambú ya ensaya cañas de profecía detrás de las Comunas;
la Luna sabia sigue tus pies para calzarte,
y en la liturgia hindú llama a tu Hijo el arpa de Tagore y de los parias!

Mientras llegan los sueños en cayuco inestable,
y acosada por todos los pájaros secretos que hierven en la selva con la noche,
Africa arrulla, alborotadamente, sus veinte cunas nuevas.
Se quiebran sus tambores en parches de alegría
y las lanzas preguntan por la aurora:
¡porque el mar no termina en la mirada!
Y danzan sus miningas, con las anillas rotas,
enarbolando el sol entre las risas,
¡porque hay una Mujer sobre las chozas, detrás de las estrellas,
con el sol en los hombros, como un clote!
Con los sueños que llegan en cayuco inestable, arriba el Evangelio mecido por tus manos;
llegan tus manos fieles, con la Paz en la proa.

Neófitas de sal y de promesas, las Islas balbucientes acuden al marfil de tu garganta,

con un abrazo tenso de siglos de impaciencia, seguras del Encuentro.

¡Todos los meridianos se enhebran en la rosa de tu Nombre...!

Estamos otra vez en el Principio
y nace el mundo, nuevo, del seno de tu Gracia,
hermosamente grande y sin fronteras.
¡Que callen los profetas fatídicos! Cabemos
todos juntos, hermanos, en la mesa que el Padre ha
abastecido.
¡Que calle todo miedo, para siempre!

Los átomos dispersos se engarzarán, sumisos, en tu manto;
y el cielo, descubierto en mil caminos,
se hará pista a tus viajes de ida y vuelta -de Dios hasta los
hombres-,
¡nostalgia nuestra, Asunta!

...Dios llega al aeropuerto de la Historia;
a tiempo en todo Tiempo, el heredado pulso de tu sangre.

Los sellos del Concilio acuñan tu figura sobre la piel lavada
de la Iglesia,
y llega una corona de voces alejadas, en pleamar dichosa,
al pie de tu Misterio...

Estamos otra vez en el Principio y ha empezado tu era:
¡por derecho de Madre tú patentas la luz amanecida!

SEÑORA DE LA ESPERANZA

Señora de la Esperanza,
porque diste a la luz la Vida.

Señora de la Esperanza,
porque viviste la Muerte.

Señora de la Esperanza,
porque creíste en la Pascua,
porque palpaste la Pascua,
porque comiste la Pascua,
porque moriste en la Pascua,
porque eres Pascua en la Pascua.

ROMANCE GUADALUPANO

Señora de Guadalupe,
patrona de estas Américas:
por todos los indiecitos
que viven muriendo, ruega.
¡Y ruega gritando, madre!
La sangre que se subleva
es la sangre de tu Hijo,
derramada en esta tierra

a cañazos de injusticia
en la cruz de la miseria.

¡Ya basta de procesiones
mientras se caen las piernas!
Mientras nos falten pinochas
¡te sobran todas las velas!

Ponte la mano en la cara,
carne de india morena:
¡la tienes llena de esputos,
de mocos y de vergüenza!

¡La justicia y el amor:
ni la paz ni la violencia!

Señora de Guadalupe:
por aquellas rosas nuevas,
por esas armas quemadas,
por los muertos a la espera,
por tantos vivos muriendo,
¡salva a tu América!

SANTA MARIA SIN MAS TITULOS

El disco de «Las Vírgenes Patronas»
se hace luna de ensueño y teología
en esta noche de sertáo, callada,
entre los ojos de un muchacho sÍrio
y el rostro de un mulato espiritista.

Veinticinco de marzo:
-¡Dios te salve, María!

Después de tanto hablar de ti,
casi te callo ahora,
concorde con la voz de tu silencio.
(Decir el «fiat» y entregar el seno.
Cantar, agradecida, en la montaña,
el gozo de los pobres libertados.
Y ya callar, detrás del Evangelio.
Y darle al mundo el Redentor Humano
y devolverle al Padre el Hijo).

¡Dios te salve, María
-veinticinco de marzo y Mato Grosso-,
madre de la Palabra, en el silencio!

ASUNCION

Plenitud de agosto,
vuelo de Asunción.
Bodega con mosto
de tu Corazón.

Rutas de Araguaia,
con mi pueblo en cruz.
Mi «seca» y tu playa:
la Paz de Jesús.

Lograda María,
llegada Asunción,
que reclama y guía
nuestra romería
de Liberación.

EL DIFÍCIL TODO

Tan sólo mejor
que la mejor parte
que escogió María,
el difícil todo.

Acoger al Verbo,
dándose al silencio.
Vigilar Su Ausencia,
gritando Su Nombre.
Descubrir Su Rostro
en todos los rostros.

Hacer del silencio
la mayor escucha.
Traducir en actos
las Sagradas Letras.

Combatir amando.
Morir por la vida,
luchando en la paz.

Derribar los tronos
con las viejas armas
quebradas de ira,
fornadas de flores.

Plantar la bandera
-la justicia libre
en los gritos pobres.

Cantar sobre el mundo
el Advenimiento
que el mundo reclama,
quizás sin saberlo.

El difícil todo
que supo escoger
...la otra María.

EL VERBO QUISO DE MI

Para no ser sólo Dios,

el Verbo quiso de mí
la carne que hace al Hombre.
Y yo le dije que sí,
para no ser sólo niña.

Para no ser sólo vida,
el Verbo quiso de mí
la carne que me hace a la Muerte.
Y yo le dije que sí
para no ser sólo madre.

Y para ser Vida Eterna
el Verbo quiso de mí
la carne que resucita.
Y yo le dije que sí
para no ser sólo tiempo.

MARIA PENTECOSTES

María Pentecostés,
cuando la Iglesia aún era
pobre y libre
como el Viento del Espíritu.

María Pentecostés,
cuando el fuego del Espíritu
era la ley de la Iglesia.

María Pentecostés,
cuando los Doce exhibían
el poder del testimonio.

María Pentecostés,
cuando era toda la Iglesia
boca del Resucitado.

DECIR TU NOMBRE, MARIA

Decir tu nombre, María,
es decir que la Pobreza
compra los ojos de Dios.

Decir tu nombre, María,
es decir que la Promesa
sabe a leche de mujer.

Decir tu nombre, María,
es decir que nuestra carne
viste el silencio del Verbo.

Decir tu nombre, María,
es decir que el Reino viene
caminando con la Historia.

Decir tu nombre, María,

es decir junto a la Cruz
y en las llamas del Espíritu.

Decir tu nombre, María,
es decir que todo nombre
puede estar lleno de Gracia.

Decir tu nombre, María,
es decir que toda suerte
puede ser también Su Pascua.

Decir tu nombre, María,
es decirte toda Suya,
Causa de Nuestra Alegría.

ORACION FINAL A SANTA MARIA DE NUESTRA LIBERACION

María de Nazaret, esposa prematura de José el carpintero,
aldeana de una colonia siempre sospechosa,
campesina anónima de un valle del Pirineo,
rezadora sobresaltada de la Lituania prohibida, indiecita
masacrado de El Quiché,
favelada de Río de Janeiro,
negra segregada en el Apartheid,
harijan de la India,
gitanilla del mundo;
obrero sin cualificación, madre soltera, monjita de clausura;
niña, novia, madre, viuda, mujer.

Cantadora de la Gracia que se ofrece a los pequeños,
porque sólo los pequeños saben acogerla;
profetisa de la Liberación que solamente los pobres
conquistan,
porque sólo los pobres pueden ser libres:
queremos crecer como tú,
queremos orar contigo,
queremos cantar tu mismo Magnificat.

Enséñanos a leer la Biblia -leyendo a Dios-
como tu corazón la sabía leer,
más allá de la rutina de las sinagogas
y a pesar de la hipocresía de los fariseos.

Enséñanos a leer la Historia
-leyendo a Dios, leyendo al hombre-
como la intuía tu fe,
bajo el bochorno de Israel oprimido,
frente a los alardes del Imperio Romano.

Enséñanos a leer la Vida
-leyendo a Dios, leyéndonos-
como la iban descubriendo tus ojos, tus manos, tus dolores,
tu esperanza.

Enséñanos aquel Jesús verdadero,
carne de tu vientre, raza de tu pueblo, Verbo de tu Dios;

más nuestro que tuyo, más del pueblo que de casa,
más del mundo que de Israel, más del Reino que de la Iglesia.
Aquel Jesús que, por el Reino del Padre, se arrancó de tus
brazos de madre
y se entregó a la muchedumbre,
solo y compasivo, poderoso y servidor, amado y traicionado,
fiel ante los sueños del Pueblo,
fiel contra los intereses del Templo,
fiel bajo las lanzas del Pretorio,
fiel hasta la soledad de la muerte

Enséñanos a llevar ese Jesús verdadero
por los callados caminos del día a día,
en la montaña exultante de las celebraciones,
junto a la prima Isabel,
y a la faz de nuestros pueblos abatidos que, a pesar
de todo, Lo esperan.

María nuestra del Magnificat,
queremos cantar contigo,
¡María de nuestra Liberación!

Contigo proclamamos la grandeza del Señor, que es el único
grande,
y en tí nos alegramos contigo, porque, a pesar de todo, Él
nos salva.

Contigo cantamos, María, exultantes de gratuidad,
porque Él se fija en los insignificantes;
porque su poder se derrama sobre nosotros en forma de amor;
porque Él es siempre fiel,
igual en nuestras diversidades,
único para nuestra comunión,
de siglo en siglo, de cultura en cultura, de persona en
persona;
porque su brazo interviene históricamente
-por intermedio de nuestros brazos, inseguros pero libres-
y porque un día intervendrá, definitivamente Él;
porque es Él quien desbarata los proyectos de las
transnacionales
y sostiene la fe de los pequeños
que se organizan para sobrevivir humanamente;
porque vacía de lucros los cofres de los capitalistas
y abre espacios comunitarios
para el plantío, la educación y la fiesta
en favor de los desheredados;
porque derriba de su trono a todos los dictadores
y sostiene la marcha de los oprimidos
que rompen estructuras en busca de la Liberación;
porque sabe personar a su sierva, la Iglesia,
siempre infiel creyéndose señora,
siempre amada escogida, sin embargo,
por causa de la Alianza que El hizo un día con la sangre de
Jesús.

María de Nazaret, cantadora del Magnificat, servidora de
Isabel:

¡quédate también con nosotros, que está por llegar el Reino!;
quédate con nosotros, María,
con la humildad de tu fe, capaz de acoger la Gracia;
quédate con nosotros,
con el Verbo que iba creciendo en ti,
humano y Salvador, judío y Mesías, Hijo de Dios e hijo tuyo,
nuestro Hermano,
Jesús.

Un poeta místico a quien le duele el mundo

Se me ha pedido un *análisis* -sin adjetivo ninguno- de este poético florilegio mariano de Pedro Casaldáliga. Y aquí está, cerrando el libro que otro hermano en religión, Teófilo Cabestrero, abriera con su presentación del autor, ya conocido de todos
, al que seguramente se sentirán desde hoy más cercanos en el espíritu.

Centraremos nuestro *sencillo* análisis -sea ese el adjetivo por nuestra parte intencionadamente añadido al sustantivo- en dos puntos: la *imagen polivalente de María*, que como en límpida corriente se va reflejando en estos poemas y es su musa inspiradora, y el *valor demiúrgico de una palabra poética en la que duele el mundo*. Al refractarse en la palabra poética de Casaldáliga, el halo de divina belleza que envuelve la figura de María viene a convertirse en calor de humana -por fraterna y maternal- cercanía, que parece estar haciendo a la SEÑORA más presente entre nosotros y más nuestra que nunca.

Imagen polivalente de María

Nuestro insigne Lope de Vega concluía así su retrato de nuestra Señora:

«... *Ésta es María, sin llegar al centro, que el alma sólo retratarla puede. Pintor que tuvo nueve meses dentro.*»

Nunca, dentro del tema mariano, ha sido tarea fácil hacer poesía nueva u «original». Y menos aun llegar al «centro» o intimidad de María. Lograrlo es un mérito extraordinario. Y Casaldáliga lo ha logrado en esta miniantología mariana, que nos atreveré

amos a calificar de «Mariología poética», en la que el «centro» o misterio de María se ha exteriorizado de alguna manera e identificado con lo que hay de más humano -valga la redundancia- en el misterio del hombre, proyectándolo, a su vez, como sólo esta

MUJER, tan divina y al mismo tiempo tan humana, podía proyectarlo.

En la obra poético-literaria de Casaldáliga se advierte casi de continuo una clara presencia mariana. ¿No tendrá en ello buena parte su vocación, vida y misión de Hijo del Inmaculado Corazón de María?

«*Tengo tres amores, tres el Evangelio,
la Patria Grande,
y el corazón intacto de una Mujer*

María de Nazaret, la llena de Dios, tan nuestra.»
Y ¡tan suya! No, esta María de Nazaret retratada en el presente poemario no es la mujer de los privilegios. No es una imagen metacósmica, distante, ausente, o que no supiera ya caminar por nuestro suelo, María es aquí la mujer inserta en nuestro mundo
, con su «operante presencia», ¡cómo no!, pero también, y hasta sobre todo, con su mensaje -el mensaje de su propia vida- hoy más actual que nunca. Es la mujer de la cotidianidad, llena de Dios y, por eso, rebosando ternura y amor -de hermana y madre- sobre el hombre de ayer y de siempre. Es la mujer sencilla y humilde *del Magnificat*, que no dudara en proclamar a Dios como vindicador de los pequeños y los oprimidos, identificada con el pueblo y sus sufrimientos; pero sabiendo que ese pueblo sufre hoy, aquí o allá, el pueblo preterido o subestimado por los poderosos. Como Nazaret, del que, según los «grandes», muy poco cabía esperar.
Encontramos ya aquí una marcada diferencia entre estos poemas marianos y los más abstractos y esteticistas de su primera época. Los de hoy dan a María un rostro más concreto, más popular y más humano, más familiar y más al alcance de nuestras manos y de nuestros besos. Es, concretamente -y aquí empieza a retratarse su imagen- *MARÍA DE NAZARET*, que, al estilo de las demás madres,
*«rumia la paz de Belén,
el polvo de Galilea,
el sol de Genesaret,
el gozo del pan partido...».*
Es la *NIÑA DEL SÍ* más comprometido que ha podido un ser humano dar a Dios: un sí en tono de humildad que en las sinfonías de Dios es siempre tono mayor,
*«el sí desnudo como un tallo de lino
bajo el filo implacable de la Gloria*
Es la *MUJER DE CADA DIA*, que va y viene,
*«como el ave del tiempo,
de la casa a la calle, del Misterio al misterio...».*
Es la *CAMPESINA*, cuyo
*«pedazo de tierra, detrás de aquel otero por donde entraba el sol,
lo trabajaban juntas sus manos y las Manos de Dios»;*
y campesina para siempre, porque ha querido establecer su morada entre los afanes y la paciente espera del sembrador, viendo crecer el trigo como forma presentida de la Carne de su Hijo, y porque
*«en el soto erizado de chopos de esperanza
permanece de guardia la alondra de su ermita».*
Es la *COMADRE DE SUBURBIO*, simbolizado en aquella «cueva» que
«no tenía más higiene que el viento de la noche»,
pero que, desde entonces, se ha multiplicado casi hasta el infinito. Y, como ayer, también hoy María se multiplica para instalar ahí a Dios:
*«Tú has instalado a Dios en el suburbio humano...,
Comadre de suburbio,
ensanche de la Gracia,*

puerta y solar de la Ciudad celeste!».

En su soñar muy despierto, el poeta contempla a María perdiéndose en la inmensa África, como una africana más:

«Yo te saludo, Negra, divinamente hermosa...

Déjame descargar en tus espaldas este niño africano, de tres meses defuego, que ha crecido conmigo, poderoso como un clamor de mar, como un Desierto, como la noche viva o en la soñadora América, y con rostro indio, maternalmente inclinado hacia los indios:

«Señora de Guallupe...,

carne de india morena

Por aquellas rosas nuevas,

por esas armas quemadas,

por los muertos a la espera,

por tantos vivos muriendo,

¡salva a tu América!».

Casaldáliga ve a María como SEÑORA DE LA CIUDAD, que fue ayer Jerusalén, que es hoy cualquiera de nuestras grandes urbes, donde todos tenemos un no poco de niños grandes perdidos en la vida:

«Jerusalén tenía sus resacas, y se perdía un niño fácilmente.

Pero bramabas tú, como una cierva,

y el servicio de urgencia de tu llanto

suplía de antemano la fiebre derramada de todos los perdidos.

...Vuelve a subir de Nazaret, Señora.

¡Te reclamamos todos, sin saberlo siquiera muchas veces...!

Como pastor de la Iglesia, Casaldáliga sabe, por dolorosa experiencia, mucho acerca de esos «ausentes», con quienes tal vez nos encontramos y hasta convivimos, sin percatarnos de sus «ausencias». El poeta, comunicándonos la suya, quiere despertar nues

tra propia experiencia, esperando que sea ésta una voz, un mensaje, una oración, una luz, que señale a tantos y tantos «ausentes» el camino de retorno a la casa del Padre y de los hermanos mayores. La poesía, sin dejar su región propia, se hace ahora paté

tica oración sálmica. ¿A quién? No podía ser por menos: a

María, a quien se invoca como MADRE DE LOS AUSENTES:

«Entra en casa y verás el frío que hace, con el cristal de la Alegría roto

y el Pecado azotando como un viento

Se cruzan los hermanos sin mimarse, ausentes de alma a alma...

Nadie se entiende. Todos tienen frío. Y el hambre los consume.

Madre de los ausentes,

umbral de la ternura recobrada,

postigo del retorno vergonzante.

todos los hijos pródigos te llaman, sin saberlo

¡Congréganos a todos bajo el lecho del júbilo paterno,

con el pan del Amor entre las manos nuevas...!»

Con resonancias tal vez autobiográficas, desde una fuerte vivencia de honda soledad, el poeta se refugia en María SOLEDAD, «compañía nuestra», solidaria de nuestros días o noches de soledad, para hacerla *soledad sonora* de amor y de ternura, como la

suya:

*«Sola de toda humana compañía
Sola contra la noche del Misterio...,
Sin otra luz que tu mirada pura y sometida,
descalzo el pie y el corazón abierto,
como un río desangrándose entero
Soledad tan cercana y sin estorbos,
tan sonora de aroma y de ternura...*

María Soledad

*toda llena de Dios y de los Hombres
;Oh Soledad, oh compañía nuestra!»*

Pero tras la noche amanece siempre. La última noche tendrá su fin. Mas no lo tendrá el último día. Porque representa la definitiva victoria de la luz sobre la oscuridad. Después de contemplar a María frente a sus noches y las nuestras, el poeta nos la

retrata ahora iluminada e iluminadora con luces de Pascua, preanunciando nuestra victoria, nuestra alegría, nuestro Pentecostés, nuestra ascensión. Porque todo eso es María. Y en superlativo.

María es, concretamente, la VENCEDORA DE LA MUERTE, en su sentido más realístico; pero también en su más simbólico significado:

«Tú sabes qué es la Muerte, como nadie en el mundo lo ha sabido.

*Tú conoces las muertes, una a una, como las caras mismas de tus hijos pequeños,
y las llamas, segura, por su nombre.*

Junto al Cuerpo de Cristo, recostado en tu seno por la Muerte vencida,

aquella tarde, todas

las muertes de los hombres descansaron su grito en tu regazo

...

Todos los muertos caen buscando tu mirada...

Morir bajo tu nombre es encontrar, de pronto,

detrás de las cortinas, la Fiesta preparada...

Desde tus brazos hay un paso apenas hasta el cuello del Padre.»

Y es la mujer saludada por el mismo Dios con el nombre de ALEGRIA, frente a tanta mentira de tristeza:

«;Dios te salve, María, llena eres de gozo!

;El Señor es contigo, como un río de leche que se sale de madre!

*Una mujer de hoy, desamparada, les ha dicho a los hombres:
'Buenos días, tristeza'*

Y ellos se lo han creído...

*; 'Buenos días, tristeza', después que tú a lu mbrastre
Alegría?*

La Alegría, Martá, es tu nombre... Tú la llevas

crecida sobre el pecho, como una flor silvestre huida a la Botánica.»

Es la alegría de su sábado cotidiano, que un día sería ya para siempre Domingo de Pascua, irradiándose sobre todos los hombres:

«Cada día era Sábado en tus días, porque eran la Esperanza.

Y un día fue Domingo... Domingo para siempre ..

Y tu gozo ha crecido como un río de leche que se sale de Madre

hasta llenar el mundo.»

Y es, por consiguiente, la SEÑORA DE LA ESPERANZA, con luces de Pascua definitiva en sus ojos, en sus manos, en su boca, en su vida, en su muerte; Pascua para sí y para todos en la gran Pascua del Hijo que Ella -Madre pascual- nos diera como Víctima d

e redención liberadora:

*«Señora de la Esperanza
porque creíste en la Pascua,
porque palpaste la Pascua,
porque comiste la Pascua,
porque moriste en la Pascua,
porque eres Pascua en la Pascua.»*

Desde una Pascua que todo lo ha hecho nuevo, María es la MADRE DEL MUNDO NUEVO que para el nuestro tantas veces hemos soñado y quisiéramos ver convertido en realidad en sus cinco continentes. El mundo nuevo es volver otra vez al principio, a ese segun

do principio en el que un nuevo Adán y una nueva Eva dan vida para siempre a una nueva humanidad:

«Si estamos otra vez en el Principio, tendrás que amanecer el mundo Nuevo

necesita la puerta de tu seno para llegar incólume.

(Belén se apuesta siempre detrás de tus espaldas)

*Todo el cuerpo de Europa se ha hecho gruta, en la herida,
para enmarcar la luz de tu presencia.*

*América sacude sus pañales, con un grito rebelde, contra el
mar transitado*

*Como una diosa estéril y fecunda..., como una cruz cansada de
martirio,*

Asia cruje, sangrando por sus lotos

*Acosada por todos los pájaros secretos que hierven en la
selva de la noche,*

Africa arrulla, alborotadamente, sus veinte cunas nuevas...

*¡porque hay una Mujer sobre las chozas, detrás de las
estrellas, con el Sol en los hombros...!*

*Neófitas de sal y de promesas, las Islas balbucientes acuden
al marfil de tu garganta,*

*con un abrazo tenso de siglos, de impaciencia, seguras del
Encuentro.*

¡Todos los meridianos se enhebran en la rosa de tu Nombre...!

Estamos otra vez en el Principio

*y nace el mundo, nuevo, del seno de tu Gracia,
hermosamente grande y sin fronteras...*

Dios llega al aeropuerto de la Historia

a tiempo en todo Tiempo

Estamos otra vez en el Principio y ha empezado tu era:

¡por derecho de Madre tú patentas la luz amanecida!»

Una luz pascual, que se hace fuego de Pentecostés en ella y por ella en los moradores de ese mismo mundo nuevo del que ella es MADRE, ahora como MARIA PENTECOSTÉS, es decir, María plenitud sobre plenitud, marianizando con su operante presencia

la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, al igual que

«cuando la Iglesia aún era

pobre y libre,

como el Viento del Espíritu...,

cuando el fuego del Espíritu
 era la ley de la Iglesia. »
 Tras la definitiva plenitud de Pentecostés, en la tierra, no
 hay ya más plenitud que la del cielo, la de la ASUNCIÓN, con
 la que María se adelanta como Madre universal, que nos abre
 camino, que nos espera,
 «que reclama y guía nuestra romería de Liberación».
 Y ahora sí se comprende ya bien por qué, para Casaldáliga,
 María escogiera, no simplemente «la mejor parte», sino
 «el difícil todo:
 acoger al Verbo,
 dándose al silencio.
 Vigilar Su ausencia,
 gritando Su Nombre.
 Descubrir Su Rostro
 en todos los rostros...
 Cantar sobre el mundo
 el advenimiento
 que el mundo reclama
 quizás sin saberlo.»
 Lo cual significa -y el signo también aquí se hace realidad-
 que el NOMBRE DE MARIA es *totalidad intensiva*, de cuya
 desbordante plenitud están llenos el cielo y la tierra,
 porque
 «Decir tu nombre, María,
 es decir que la Pobreza
 compra los ojos de Dios...
 Es decir que la Promesa
 sabe a leche de mujer...
 Es decir que nuestra carne
 viste el silencio del Verbo...
 Es decir que el Reino viene
 caminando con la Historia...»
 Y es decir que el Reino va encaminando la Historia hacia su
 plenitud en un incesante proceso de liberación. El poeta ve a
 María, no sólo como la imagen más perfecta de la libertad y
 de la liberación de la humanidad y del cosmos, sino sobre
 todo como «Cant
 adora» y «Profetisa» de la liberación. Haciendo eco al salmo
 oracional de María en el *Magnificat*, el poeta corona su
 florilegio poético-mariano con la sálmica ORACIÓN FINAL A
 SANTA MARIA DE NUESTRE LIBEACIÓN. Ella es la
 «Cantadora de la Gracia que se ofrece a los pequeños,
 porque sólo los pequeños saben acogerla;
 profetisa de la Liberación...
 Queremos creer como tú,
 queremos orar contigo,
 queremos cantar tu mismo Magnificat María nuestra del
 magnificat, queremos cantar contigo, ¡María de nuestra
 Liberación...»

Valor demiúrgico de esta poética mariana

¿Cómo calificar ahora esta poética mariana de Casaldáliga?
 Cuando la poesía es verdaderamente tal, sobran todas las
 etiquetas. El mejor calificativo es su mismo desnudo
 sustantivo: poesía, Aquí, el adjetivo *mariana* es sólo fuente
 y vehículo de

inspiración poética. Casaldáliga ha contemplado a María de Nazaret, la mujer de todos los siglos. Y, después de haber, extático ante ella, exclamado: ¡poesía eres tú!, nos ha brindado su poético recital lírico. En palabra transparente como la luz, alígera

como el viento, dolida y doliente como una llaga sangrante, pero cargada de una, aunque melancólica, infinita esperanza alentada por «el Corazón intacto de esa Mujer» encarnada, a lo largo de los siglos, en todos y cada uno -hombre o mujer- e identificad

a con sus problemas y sus más nobles aspiraciones, y que, ya asunta -ASUNCIÓN-, «reclama y guía nuestra romería de liberación»,

Poesía mariana, sí, en su sentido más teológico; pero desde una teología que, a través de María, se eleva en nombre de Dios mismo hasta Dios. Poesía filtrada, desde el principio hasta el fin, de fe, esperanza y ternura en lo que de más divino y más humano

descubre el poeta en esta humano-divina Musa de su inspiración:

«Creo en la pobre María y en toda la Iglesia pobre.

Creo en la tierra de todos como la madre primera...»

Y es que, para Casaldáliga, si la fe, la esperanza, el amor, tienen que ver con el misterio de María -el más sensible resonador del Misterio de Dios-, desde ella -el más sensible resonador del misterio del hombre- tienen también no poco que ver con la

vida y muerte de los hombres, la justicia, la verdad, la libertad, A diferencia de otras expresiones, llamémoslas más individualistas, en la poesía de Casaldáliga hay un profundo sentimiento de humana solidaridad universal. Es lo propio del verdadero poe

ta. Porque, como también aquí diría Unamuno, el auténtico poeta, dirigiéndose a una masa de hombres, no se dirige a la masa, sino a cada uno de ellos.

No se trata, pues, en el caso de nuestro vate, de la etérea poesía de una simplemente lúdica imaginación. La suya revela la existencia no como algo pensado en general, sino como algo vivido una y muchas veces. Y por eso revela una aguda sensibilidad y hon

da inquietud, en las que ni la ternura esconde vergonzosamente el sufrimiento de un mundo que le duele al poeta en el alma, ni el dolor ahoga la esperanza: una esperanza que no nace del simple optimismo psicológico o de una confianza meramente sociológica

en las fuerzas de la historia, sino de la Pascua, es decir, de quien, en pos de la *Señora de la esperanza*, cree, como ella, en la Pascua, palpa y come la Pascua, es Pascua en la Pascua.

Cabalmente, por eso, su dolor y su esperanza y hasta su ternura se convierten en combate, en espera ardiente, en apoyo a la causa del Reino, en colaboración con todos cuantos luchan por la justicia y la fraternidad universal. Es, tal vez, este apasionamie

nto ante todo por el hombre sufriente y esta esperanza de su liberación lo que confiere a su palabra poética fuerza de arrastre y de seducción. Y, acaso, sea ésta, precisamente, su

originalidad: una originalidad que, con independencia de las clásicas formas poéticas, brota de la llamada a expresar su compleja personalidad -humana, sacerdotal, misionera- en todas sus relaciones, Casaldáliga nos brinda aquí todo un mundo personalizado, el mundo entero hecho hombre, el verbo hecho mundo. Ese es, en el fondo, el misterio de la Encarnación, que parece estar sirviendo aquí para ejemplificar el proyecto e intención de su poesía. Y así es cómo, desde el valor estético y el sentido religioso-mariano hasta el valor más humano y social, todo resulta enriquecedor. Sean pocos o muchos quienes se decidan a leerlo, con toda certeza se puede afirmar que su lectura -fácil y sugestiva- tendrá ya ahí su recompensa. Puestos, pues, a calificarlos, diríamos -utilizando de nuevo una expresión de Unamuno, con quien tanta sintonía deja transparentar Casaldáliga- que son poemas de una «castísima desnudez espiritual», en los que se acompasan y hasta se funden sinfónicamente su límpida cadenciosidad y su eufonía dinámica, su secreto ritmo interior y su misma acústica musicalidad, dentro de una exigencial simetría nunca demasiado sistemática. Ya lo hemos dicho: estos poemas son la traducción, en verbo poético, de una experiencia que ve a María «sacramentalizada» en la

*«aldeana de una colonia siempre sospechosa,
campesina anónimo de un valle del Pirineo,
rezadora sobresaltada de la Lituania prohibida,
indíecita masacrada de el Quiché,
favelada de Río de Janeiro,
negra segregada en el Apartheid,
harijan de la India,
gitanilla del mundo,
obrero sin cualificación, madre soltera, monjita de clausura,
niña, novia, madre, viuda, MUJER».*

Y es que la experiencia -religiosa y humana, aquí una y otra formando unidad- encuentra mejor expresión en el lenguaje poético-lírico que en el puramente lógico o conceptual, siempre demasiado frío e impersonalizado. Como muy bien se ha dicho, a propósito precisamente de Casaldáliga, «su poesía constituye como un estado térmico del lenguaje que permite expresar la plusvalía de sentido que el discurso meramente racional no puede soportar». Leyendo estos poemas, se comprende mejor por qué un teólogo como Rahner llegara a afirmar que al poeta le han sido confiadas palabras originales o «protopalabras», preñadas de sentido y que permiten que las cosas sean ellas mismas aun dentro de ese ámbito en que las contempla el poeta.

Más que expresar poéticamente unas doctrinas teológicas de mariología, Casaldáliga aparece aquí verbalizando poéticamente, a través de «protopalabras», su experiencia del misterio de María con toda su fuerza humanizadora y liberadora y con todo su hálito espiritualizante. Y

espiritualizante no sólo porque desde las sensaciones haya podido saltar a lo espiritual, sino también -y hasta, aquí, sobre todo- porque desde lo más espiritual ha sabido llegar a lo material, con lo que lo espiritual -nuevo reflejo del misterio de la Encarnación- se «materializa» en su poesía y lo material se trascendentaliza.

A veces, se tiene la impresión de estar escuchando un diálogo entre el poeta y María, del que nos llega su parte más humana y hasta más dramática: un diálogo a lo divino desde lo humano, y a lo humano desde lo divino. Cabalmente, merced a esa unidad entre lo espiritual y lo material entre lo divino y lo humano, Casaldáliga poeta es *el demiurgo* que dota a sus creaciones -sus poemas- de realidad corpórea y espiritual, como reflejo de la auténtica existencia humana.

El poeta nos hace, así, sentir su calor humano y nos deja tocados y alcanzados a lo divino en lo más hondo de nuestro ser. Hay que subrayarlo: no entenderá esta poesía de Casaldáliga quien no la vea conjunta y unitariamente como experiencia de un ideal evangélico y de una vida en contradicción, de hecho, con tal ideal. Es lo que provoca esa ira profética, esa ternura, esa sed de liberación, ese combate por el Reino.

Y hasta pecaría de inobjetivo -incluso, de superficial- quien no viese en estos poemas más que al poeta religioso-social protestatario de hoy. Es, más bien, el místico y contemplativo de la realidad descarnada -por exceso de encarnación - sobre la que proyecta luz desde la figura de María no como mujer ideal, sino como ideal de mujer que todos -hombres y mujeres- podemos y debemos «encarnar». Casaldáliga es aquí el «niño» crecido a la sombra de María que nos confía su música interior y, con ella, su espíritu, amasado con la levadura del Evangelio, pero con el pan de la dura realidad humana, que él describe con ese realismo que se gesta siempre y se alumbra en toda mística y en toda lírica religiosa. Sus «protopalabras» expresan de esta manera, lo que él es y lo que está viviendo, lo que cree y lo que ama, lo que sueña con sus ojos bien despiertos, lo que, finalmente, espera: una liberación sin miedo ya a ninguna clase de alincaciones.

Por eso, sin dejar de ser la suya una *poesía de creación*, acaso aparezca, al menos aquí, más catalogable Casaldáliga como *poeta de expresión*. Lo refleja en todo, incluso en la libertad de su verso, no sometido a norma ni sistema clásico, cargado sin embargo, como ya hemos dicho, de ritmo interior, de armonía y de acústica musicalidad. Sus contrastes poéticos, sus metáforas, sus reiterativas imágenes -tres veces, por ejemplo, utiliza la de la «leche», tan expresivo símbolo de lo femenino y maternal-, no son sino formulaciones distintas para transmitirnos sus sentimientos frente a María de Nazaret, a quien él tan finamente ha sabido descubrir en nuestro mundo de hoy. Y en quien, como más próxima a nosotros, está descubriendo la ayuda a esa fe, esperanza, ternura y amor, justicia y libertad que hoy el mundo está

necesitando. También aquí parece estar nuestro poeta haciendo eco a la vivencia de Unamuno cuando dice:

«...Por esto el pobre que sufre
busca a la Virgen bendita,
la Virgen de los dolores,
la que el dolor purifica.»

Evidentemente, el poeta no ha querido guardarse su música interior. Ha querido hacerse resonador de la misma entre sus hermanos los hombres. Es parte de su misión evangélica y evangelizadora en el pueblo de su pertenencia. Pero haciéndonos saber que ese pueblo adquiere aquí dimensiones intercontinentales, que se hacen, por ejemplo, evidentes en su poema «SENORA DEL MUNDO NUEVO». El poeta da con la manera de desentrañar la verdad, de excitar las conciencias para despertarlas de su letargo, de ponerlas en acción y a la búsqueda de respuestas eficaces. De esta manera, su poesía mariana viene a desempeñar una *función social*: despertar el dolor que duerme, aguijonearlo y excitarle, azuzarlo «y todo preñado», como diría una vez más nuestro Unamuno, «devolvérselo enseguida en acicate que quema al pueblo que en él dormía».

La poesía de Casaldáliga refleja, pues, con ternura, sí, porque María es eso: esencial ternura -«un río de leche que se sale de Madre hasta llenar el mundo»-, pero haciendo resonar en tono mayor toda la lucha y el inconformismo que puede sentir una persona ante la humillación y la explotación del hombre por el hombre. Con tal reflejo y tal resonancia, una única intencionalidad persigue aquí el poeta: lograr una comunión de intereses e ideales y, sobre todo, una comunión con su ideal principal y más básico de creyente y obispo: creer en el Reino.

Macario Díez Presa, CMF